

## LA FILOSOFIA TOMISTA

Por MARIO ALZAMORA VALDEZ

*Profesor de Filosofía en la Universidad Católica del Perú*

Nuevo amor por la cultura medioeval, escribe Lansberg, trae nuevo conocimiento, que descubre a los ojos del amante con originalidad y con pureza, la verdadera esencia de aquella, y le incorpora en el torrente que sigue la dirección de espíritu que con tanta vitalidad afirmara.

La llamada actitud moderna, adolece de un defecto consustantivo para interpretar la significación de la filosofía de la Edad Media. Ha perdido el sentido de los jeroglíficos, dice Novalis, analiza y mira desde un solo ángulo como repeticiones muertas, las obras de mejores tiempos, cuyo espíritu es incapaz de comprender.

Felizmente surge otra inquietud en el alma contemporánea; otra emoción ensancha nuestros corazones y el medioevo aparece como una época de civilización y de fe cuya filosofía natural y sin artificios describe el más seguro camino del conocimiento humano.

Todas las variadas orientaciones de ese período, desde el platonismo del pseudo-Dionisio hasta el sistema de Santo Tomás de Aquino, pasando por realistas y nominalistas, doctores cristianos árabes y judíos, cuyos extremos dibujan con precisión la vitalidad de Abelardo y las abstracciones de Guillermo Occam, presentan un carácter común: la más equilibrada tendencia al orden.

Filosofía del ser antes que filosofía del devenir es la de la Edad Media. Razón y fe ponen en contacto a sus pensadores con el reino de las más puras esencias que revelan la estructura y el sentido del cosmos. Serena y permanente dirección, por amor y conocimiento, hacia Dios.

“En orden, armonía y número fueron creadas por Dios las cosas. Vivamos, pues, según ese plan de pureza y se nos abrirá la

vida intuitiva por encima de la razón" escribió el místico medioeval Ruisbroek, como Santo Tomás de Aquino que nos dice que "imprimir en el alma el orden total del universo y de sus causas es la suprema finalidad de la filosofía".

Es la metafísica la base de ese orden que caracteriza la conciencia y el mundo del hombre medioeval. Antes que histórica es ontológica su actitud. No vive en función del tiempo ni del espacio que, como accidentes, participan de todas las contingencias de lo creado, sino que se sumerge en el profundo mar del ser.

Cada ser es bueno en sí porque realiza su excelencia y perfección y sirve a otro más elevado. El mundo de los objetos inanimados, el mundo animal y el vegetal constituyen el señorío del hombre. En éste las funciones inferiores se subordinan a las más elevadas. En la humanidad existe una verdadera jerarquía de valores y, por último, en todos los seres late un aspecto de eternidad, la más elevada expresión de su naturaleza, reflejo de la bondad de Dios, que glorifican con su existencia, y más aún en el hombre, dotado de una razón que le lleva al ser divino, espíritu puro de inagotable fecundidad. El hombre es la imagen más perfecta de Dios, escribió el filósofo moderno Spinoza, porque puede percibir las cosas bajo un cierto aspecto de eternidad, *sub specie aeternitatis*.

Cuando la criatura humana se contempla a sí misma, descubre su esencia y su orientación hacia Dios y hacia el mundo en Dios. Sin embargo, el pecado del hombre se revela contra esa armonía.

La ética medioeval se apoya en la metafísica y en la religión. No es una ética formalista como la de Kant; cada norma posee un contenido, es para una situación particular, determinada, una voz de Dios en el alma, que de nada vale si en el hombre no existe virtud. El ejemplo sirve más que los preceptos. La Imitación de Cristo de Kempis y la última parte de la Suma Teológica, son los más elevados códigos de moral práctica.

La naturaleza como la historia, los hechos del mundo físico como las acciones humanas constituyen un todo ordenado. Sus leyes no son creaciones del espíritu para rehacer un mundo deshecho ni rígidos esquemas sin sentido, sino que derivan de los primeros principios y de las primeras nociones de ese reino metafísico sobre el que se eleva toda visión.

Es otro también el sentido de la vida para la filosofía medioeval. Prima en ella el logos sobre el ethos, el espíritu sobre la acción. No se agota la investigación vanamente en ese fugaz "para qué"; busca más bien —con el más puro amor— el por qué.

Contemplación del Ser Supremo en los seres y camino hacia él por la razón y la fe es en resumen el significado de la filosofía del medioevo.

La edad moderna perdió esta visión serena de los pensadores medioevales. La filosofía del devenir arraiga en ella. El mundo se convierte en un conjunto de cualidades, cambiantes, variables, sin sentido y sin conexión con las esencias, imágenes puras, escribe Gorce, que vanamente el espíritu individual tratará de unificar. Tal es la tragedia del pensamiento de Descartes, de Kant, de Hegel, y de los románticos de todos los tiempos.

---

Actitud despectiva adopta el racionalismo moderno tan incomprendible frente a la Escolástica. La considera como un conjunto de doctrinas, desprovistas de sentido y alejadas de la realidad y de la vida.

Para demostrar cuán injusta es esa creencia, analicemos, como hace Gilson, las relaciones entre la razón y la fe, y entonces la filosofía, surgirá; no como investigación sin finalidad ni objeto propio, cuyo sutil pretexto sería justificar todo aquello que permanece para ella inaccesible, y encierra la clave de todos los problemas, sino como disciplina independiente que satisface las más nobles inquietudes y da respuesta a nuestras más angustiadas preguntas.

La teología posee un objeto, una luz y un método diferentes de los de la filosofía. Se halla arraigada en la fe, argumenta por la autoridad de la palabra revelada, y tiende a explicar racionalmente la misma revelación.

La filosofía primera o sabiduría tiene otro objeto. Su fin es descubrir racionalmente el orden del mundo y llegar a través de las causas al Supremo Ordenador.

La sabiduría no es sierva de la teología. Es simplemente un instrumento de verdad para establecer conclusiones no filosóficas sino teológicas que puede ser utilizadas como método pero que, aparte de él, posee una vida propia.

Además, teología y filosofía abarcan dos campos distintos. Es objeto de la fe, según San Agustín, aquello que la razón no consigue, mientras que todo conocimiento racional escapa al dominio de aquella. Esto no quiere decir que exista incompatibilidad entre ambas fuentes lo que significaría contradicción en la esencia de Dios que nos da la luz de la razón y que revela a nuestra fe las más grandes verdades.

En cuanto al método se puede establecer diferencias entre el camino del metafísico y el del teológico. El primero penetra en la esencia de las criaturas y a través de ellas llega a Dios, mientras que el segundo "ve en Dios la suprema necesidad de todo lo creado".

Diferentes en objeto y en método, deben colaborar sin embargo, la razón y la fe. El más grande mérito de Santo Tomás consiste justamente en esto: haber aceptado las exigencias de ambas. La fe regla todo conocimiento, es la piedra de toque de las verdades descubiertas por la razón, mientras esta sirve a la primera para ilustrar y para rebatir con argumentos las objeciones de adversarios. Ambas coinciden en el campo de las verdades naturales.

Maritain ha distinguido con gran acierto las ciencias de misterio y las de problema. La fe, cooperación de inteligencia, voluntad y gracia es el instrumento de las primeras, mientras que la investigación racional es el medio de las segundas.

En la filosofía moderna el racionalismo y el romanticismo han incurrido en el mismo pecado capital. Mientras la primera corriente exalta el saber racional olvidando aquella sentencia del filósofo de Aquino que dice "si no se está persuadido que es necesario creer no se cree", que es válida para las verdades más elementales como para las más complejas, para la segunda la fe es del todo irracional, se confunde con la vida que se resiste a la inteligencia y olvida los motivos más profundos del espíritu.

La Edad Media llegó a esa visión integral, que constituye una precisa solución del más trágico problema que plantea la filosofía: armonizar las exigencias de la inteligencia con el sentimiento y la voluntad.

El pensamiento moderno considera otro motivo poderoso para subestimar a la filosofía medioeval. El término Escolástica ha perdido para él su sentido originario; significa más bien: verbalismo, artificio dialéctico, arbitraria construcción filosófica cuyas premisas no tienen sino nexos gramaticales y de forma, que constituyen un camino para precipitar la mente en las más absurdas conclusiones. Toda la filosofía medioeval ha adquirido por obra de estos prejuicios el mismo precio que el arte de los sofistas de Grecia. Veamos cuán absurda es esta creencia y como destaca sus excelencias sobre el pensamiento moderno, la elaboración metafísica de la Edad Media.

La imagen totalitaria del mundo que presenta la filosofía medioeval, cuya más elevada expresión es el sistema de Santo Tomás de Aquino, es profundamente realista no sólo por su origen y su elaboración sino por la más independiente objetividad que la caracteriza.

Los filósofos modernos, como Descartes, como Kant, Spencer, para citar algunos nombres solamente, que han dirigido tantas críticas contra el saber de la Escuela, no han hecho otra cosa que escribir sus propias memorias. El pensador ha grabado el ritmo de su alma en su sistema que constituye en casi todos los casos, como observa Nietzsche, una seca obra de gabinete.

Profundamente ligadas a la vida, a la realidad social, se hallaban las escuelas filosóficas de la Edad Media. Curioso es el cuadro de la actividad intelectual de París en los siglos XII y XIII. Universidades y Escuelas se llenaban de jóvenes entusiastas y fogosos. Todas las razas tenían sus representantes en los claustros: ingleses, normandos, flamencos y españoles se agrupaban junto a las cátedras. Cada estudiante elegía libremente un profesor reconocido que le comunicaba su ciencia y cada grupo constituía una especie de academia platónica que todo un año se dedicaba a la lectura y comentario de un libro de texto de un autor célebre. Además de las lecciones que escuchaban, los estudiantes podían tomar parte en las disputas ordinarias. El maestro llamaba la atención del auditorio sobre la dificultad de un texto, o, simplemente, como se hizo desde el siglo XII, proponía problemas. Surgían entonces las más elevadas discusiones. Estas eran aclaradas en el "respondeo dicendum" y recapituladas en el "reportator" para pasar muchas de

ellas, por el trabajo de los copistas, a través de edades tormentosas hasta nuestros días.

En tiempo de Santo Tomás, fué inaugurado otro género de disputas. El maestro respondía desde la cátedra toda clase de observaciones y preguntas. Con el espíritu por las elevadas inquietudes, acudían a estas actuaciones cientos de estudiantes deseosos de compulsar la sapiencia de sus profesores que casi siempre eran grandes filósofos. Muchas veces el Obispo de París, el Legado Papal y otras personas ilustres tomaron parte en los certámenes.

Así se formaron y estructuraron todos los sistemas de la filosofía medioeval, cuya sociología, como anota Max Scheler, reviste el más grande interés. Punto de partida muy diverso tienen los sistemas modernos que han surgido de un hombre, que da respuesta a sus propias preguntas y que puede suscitar una corriente de opinión en sus discípulos, mientras que aquellos son el fruto de paciente trabajo que expone en forma elevada un pensador inspirado en la tradición, en el sentido común y en la fe.

No existe tampoco oposición entre filosofía escolástica y ciencia. Sin exagerar podemos decir, con Maritain, que esta última, debe su objetividad y su progreso al pensamiento ordenado del medioevo. El siglo XIII, por ejemplo, constituye la más alta expresión de la metafísica y se halla inspirado en Aristóteles cuyo sistema tiene una amplia fundamentación natural.

Aristóteles, el filósofo árabe Averroes, sobre cuya obra prodiga tanta admiración Renan en un trabajo de juventud, Sigerio de Bravante, como nota con acierto el P. Madonnet, que han influido en S. Alberto Magno y en Santo Tomás, no restan importancia a la realidad ni a la observación de la naturaleza ya que, como expresa el Doctor Angélico, "lo que se conoce primero es la cosa, después por reflexión sobre sí mismo el acto por el cual se conoce la cosa y por último, a través del acto, la naturaleza intelectual misma".

Esta filosofía que emerge de la más agitada vida espiritual y que se halla unida por los nexos más íntimos a la realidad que es su punto de partida, no es adversa a la ciencia; simplemente sobre pasa sus datos pero le concede su propio lugar. Se halla probada esta afirmación por un simple hecho: los más grandes filósofos medioevales, a imitación de San Alberto Magno, han sobresalido en

investigaciones científicas sobre: generación y corrupción, longitud y latitud, el cielo y el mundo, los minerales, las causas de la vida, la muerte, el sueño y la vigilia, la sensación, la memoria y la reminiscencia, la naturaleza del animal, la respiración y la inspiración y muchos otros problemas. Muchas de sus observaciones se hallan equivocadas, es verdad, porque cada conquista requiere esfuerzo, lucha y sacrificio.

---

El historiador de la cultura italiana del renacimiento, Jacobo Burkhardt, ha contribuído, con otros, a generalizar esta opinión: el espíritu medioeval adopta una actitud esquivada frente a la vida, que origina una conciencia angustiada y pesimista. En el seno del idealismo no es raro, sin embargo, encontrar un prejuicio distinto: se considera toda la escolástica como apoyada en la forma más simple del realismo ingenuo que para todos sus problemas tiene soluciones preparadas —arbitrarias casi siempre— ya que la fe, irreductible a las explicaciones de la razón ayuda a esta última donde no puede avanzar.

Hemos presentado ya, en forma esquemática, el verdadero rol de la teología y de la filosofía en el conocimiento humano. Réstanos tan sólo indicar que también es injusto atribuir pesimismo al pensamiento escolástico.

El punto de partida del filosofar es la realidad, alejada de toda duda provisional, como la de Descartes, que termina por afirmar categóricamente. Todos los seres que el mundo nos presenta, nos llevan hacia Dios, reflejan su bondad y tienden a él por inteligencia y por amor. La razón humana también descubre este camino. Por eso la cultura inspirada en estas verdades está impregnada de religiosidad: los grandes sistemas metafísicos, las construcciones arquitectónicas, las obras de los artistas, poetas, pintores, cantan la gloria del Supremo Hacedor.

Aparte de soluciones dadas a unos pocos problemas morales, por algunos pensadores, no existe actitud pesimista. Esta más bien aparece en Occidente, cuando el hombre considera la esencia metafísica del mundo como inasequible y, por tanto, como la fuente de toda inquietud y de todo dolor.

---

Mal podría existir pesimismo en una filosofía del amor, como lo ha demostrado tan bien Max Scheler. El alma está ordenada al amor y como amante a Dios y al hombre y al mundo en Dios.

---

Concluyen todas las corrientes del agitado pensamiento del siglo XIII, en el sistema de Santo Tomás de Aquino, que es su más auténtica y pura expresión. Filosofía realista, la de Santo Tomás, considera las exigencias del espíritu con la estructura del mundo. Sistema sólido prevalecerá contra los vanos embates del modernismo. Elevado hacia Dios el saber que irradió del espíritu del doctor angélico, constituye la más genuina expresión de la filosofía cristiana.

Como en todo el cuadro del pensamiento de la Edad Media es la principal característica del sistema de Santo Tomás la idea del orden universal. Existe en el mundo una jerarquía de seres: desde el espíritu, imagen más perfecta de Dios, hasta la materia su menos pura semejanza.

El universo corporal es un conjunto esférico, de un tamaño único y perfecto en su género. En su centro se encuentra el mundo terrestre, donde reinan la inquietud y la muerte. La materia es causa de corrupción o descomposición total y se diversifica según los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego. Estos cuatro elementos por combinación dan lugar a los minerales que hacen posible la vida de las plantas. En éstas y en los animales se abre al mundo la conciencia sensible que alcanza su máxima perfección en el hombre. Nada en el mundo celeste ni en la tierra se sustrae a la Providencia Divina. Dos caminos conducen a dos hombres a coincidir en una encrucijada; para ellos es efecto del azar, para Dios es una intención que se cumple.

El reino mineral está condicionado por leyes físicas y químicas, su movimiento es local por acciones diferentes, y se halla sujeto a ese "eterno retorno" del que habla Hegel. En la planta, la acción, el movimiento vital es inmanente y es la perfección del ser mismo que vuelve sobre sí, que es, en cierta forma, principio y fin de esa actitud. La planta no es un simple mecanismo, transforma más bien el universo, y lo aprovecha en su propio bien. Por eso la más humilde brisna de hierba es más noble que la tempestad sobre el océano o sobre la montaña: significa una victoria sobre la ma-

teria bruta. Sin embargo, la existencia vegetativa se halla circunscrita y limitada, se desenvuelve sin libertad, ligada por íntimos nexos vitales al paisaje.

Muy diferente es la naturaleza del animal. Este se caracteriza por una actividad inmanente: el conocimiento que permanece en él y le perfecciona. La planta no asimila sino materialmente aquello que conviene a su vida; el animal, por el contrario, conoce el mundo bajo aspectos muy distintos al de la simple satisfacción de las necesidades nutritivas. Conocer es percibir determinado orden. El animal conoce; unifica sus sensaciones en el espacio y en la sucesión temporal, pero no las objetiva, las aprecia sólo con relación a sí mismo. Su conciencia es subjetividad perfecta, es el centro de un sensualismo y de un empirismo brutal. En resumen: el conocimiento del animal, sensible, concreto, se halla sometido enteramente a la vida. Conocer es un acto muy elevado y muy noble, pero vivir es más útil. En el animal, dice Santo Tomás, todo es "propter utilitatem". El conocimiento sensible desempeña un rol biológico. Si el animal pudiera ser filósofo de seguro que sería pragmatista.

Los medioevales, verdaderos humanistas, escribe el profesor Bruyne, admiran en el hombre la síntesis del universo. Su cuerpo tiene constitución mineral. En él lo animal se halla sometido a las leyes de la vida. La actividad vital vuelve sobre sí misma y se hace conciencia y del flujo de lo consciente surge la luz inmutable de la inteligencia. Materia, vida, conciencia, espíritu, tal es el hombre, un microcosmos, un universo en miniatura, dentro del mundo.

La naturaleza del hombre es el misterio eterno. Espíritu y cuerpo es el más inquieto de los seres. No posee la felicidad del animal, porque piensa ni la dicha del ángel porque siente. Su conocimiento no es el reflejo de la verdadera ciencia; el amor humano es una constante tendencia hacia el Bien que no alcanza plenamente jamás y su voluntad sigue la móvil trayectoria de su intelecto: consigue el amor verdadero al precio de los más grandes sacrificios. Sin embargo, —como dijo Pascal— tanta pequeñez hace su grandeza.

---

La sabiduría que abre el espíritu a la simiente de verdades fecundas, es para Santo Tomás, la actividad del hombre más perfec-

ta, más sublime, más útil y más consoladora. "La más perfecta porque a medida que se consagra a su estudio, consigue la verdadera beatitud. Más sublime porque el sabio vislumbra algo de la semejanza divina; Dios ha creado todas las cosas en la sabiduría. La más útil porque traza el camino hacia el reino eterno y la más consoladora porque ella encuentra la felicidad y la gloria".

Y, la sabiduría se enciende en el hombre cuando se considera frente al mundo y brilla en su alma la inquietud por conocer sus secretos. Como un prisma, la sensación descompone ese universo en colores, sonidos, formas dimensiones, mientras que la inteligencia —después de prolongada marcha— llega al ser, el alma de las cosas, según Aristóteles. Sensación e inteligencia captan las realidades tales como son; no las crean ni modifican, dice Santo Tomás, solamente las aprehenden.

En el pensamiento moderno, desde el disolvente nominalismo y desde Descartes, desaparece la exacta noción de sustancia: la más pura categoría del Ser. Las cosas quedarán convertidas en un conjunto de propiedades superpuestas que más tarde, por obra del idealismo, serán convertidas en cualidades secundarias, creaciones de un yo constructor del universo. En otros sistemas, la materia es la última realidad, la sensación es la fuente de todo conocimiento. Física y metafísica se confunden.

Así como la inteligencia, llega penosamente a través del camino de la observación al mundo metafísico, en el propio sujeto, alcanza a comprender la naturaleza del alma. Contra Platón y Averroes sostiene Santo Tomás, que el alma es la forma sustancial del cuerpo, enteramente unida a él y que emerge del orden de las cosas corporales. Las manifestaciones del alma se hallan profundamente ligadas al organismo que al traducirlas les imprime sus propias modalidades. Por eso, Santo Tomás afirma la interdependencia de lo psíquico y lo orgánico que constituye el más profundo problema del hombre y la fuente de toda lucha y de todo progreso. La inteligencia tiende a aprehender el orden del mundo, la voluntad debe realizarlo, obedecer a la razón que siempre alumbró el camino, hacia el fin supremo. La vida éticamente orientada seguirá esa dirección; por el contrario, es inmoral apartarse de los radios que conducen a ese punto. Virtud es superación, perfeccionamiento y marcha constante de la voluntad, a través de sus acciones, hacia el Su-

premo Bien. El hombre virtuoso, según afirma Platón en el Teeto, se acerca a la divinidad; trata de ser perfecto, según frase de la Escritura, como es perfecto el Padre que está en los cielos.

La familia, la sociedad, el estado, son instituciones naturales, que sirven solamente como medios para que el hombre alcance fines más elevados. No poseen valor en sí mismos, sólo adquieren sentido proyectados —como obras de Dios también— en el eterno panorama de la visión beatífica. Dios es fuente de toda inquietud y fin de todo conocimiento, de toda existencia y de toda acción.

No es en el cambio que repose el ser, como sostuvo el filósofo antiguo Heráclito, sino que la contemplación de la realidad que deviene y fluye nos arrastra hacia el mar inmenso del ser absoluto, que corre siempre hacia sí mismo y es el término de toda satisfacción y de todo consuelo.

Así, pues, el sistema de Santo Tomás expresa lo que Dios cantó en su Divina Comedia, lo que los Primitivos pintaron en sus obras con colores de riqueza incomparable, lo que magistralmente representan las esculturas y las catedrales. Dios perfección absoluta, supremo anhelo del hombre.

Al final de la Suma contra Gentiles, expone el Doctor Angélico, su juicio último sobre el destino de la humanidad, que llegará también como el filósofo, “cuando la figura del mundo se haya borrado” como dice el Apóstol, “cuando el tiempo ya no exista” a la “visión perfecta del ser por toda la eternidad”.

*Mario ALZAMORA VALDEZ.*